

LOS 15 DÍAS QUE DESENCADENARON EL FIN DE ETA (II)

Su secuestro y asesinato a cámara lenta fue un antes y un

después en la sociedad. La movilización ciudadana, el denominado 'Espíritu de Ermua', supuso un cambio radical en las calles. El País Vasco salió para protestar, pero no en silencio, a gritos. Y temblaron los cimientos de ETA.

El crimen a cámara lenta que levantó a toda España

FERNANDO LÁZARO ERMUA
ENVIADO ESPECIAL

Aún no se habían sofocado los rescollos del mayor éxito policial en la lucha contra ETA, la liberación de Ortega Lara, cuando el 10 de julio de 1997, a las cuatro de la tarde, sonó el teléfono en el gabinete telegráfico del Ministerio del Interior. Alguien quería hablar con el ministro de entonces. El funcionario pasó la llamada a la secretaria de Mayor Oreja. «Hijos de puta, lo de Ortega Lara lo vais a pagar. ¡Gora Euskadi Askatuta!». Hacía apenas media hora que un concejal del Partido Popular en Ermua había sido secuestrado. Los terroristas tenían en su poder a Miguel Ángel Blanco. No fue un secuestro, «fue un asesinato a cámara lenta. Su sentencia de muerte estaba dictada desde el minuto uno», recuerdan los que trataron de forma desesperada, durante esas 48 horas, de liberar a Blanco.

Pero el joven concejal de Ermua estaba en manos de uno de los pistoleros más crueles: Francisco Javier García Gaztelu, Txapote, condenado por los dos disparos en la cabeza que acabaron con la vida del concejal popular. Txapote, quien nunca ha mostrado arrepentimiento alguno, el menor remordimiento por perpetrar uno de los asesinatos más crueles de la historia de la democracia, disfrutó hace unos días de un permiso penitenciario para salir de la cárcel y visitar a su padre.

Fue condenado por este crimen. El relato policial le situó como el autor de los disparos. Mientras descerrojaba los tiros, otro miembro de

su comando (algunos sitúan al ya fallecido José Luis Geresta) sujetaba a la víctima para que no se moviera. El concejal estaba de rodillas con las manos amarradas a la espalda. La cabeza cubierta. Los etarras lo mantuvieron esos dos días en el maletero de un vehículo grande. Sólo lo sacaron para matarlo.

La actuación del comando fue sencilla. Lo intentaron raptar la víspera, pero sin éxito. Lo volvieron a intentar el 10 de julio de 1997.

Lo que no sabían entonces los asesinos es la revolución ciudadana que se había puesto en marcha tras conocerse este asesinato a cámara lenta. Cuando trascendió el secuestro y las condiciones de los etarras para liberar a Miguel Ángel (acercamiento de todos los presos de ETA a cárceles del País Vasco), los ciudadanos tomaron la calle. Es verdad que ya estaba en auge la protesta silenciosa contra los crímenes de ETA. Basta Ya!, Gesto por la paz... aunque el apoyo era minoritario, su presencia estaba convirtiéndose en habitual. Eso sí, aquellas movilizaciones siempre tenían enfrente otras mucho más potentes y amenazadoras de la izquierda abertzale.

Pero aquel julio de hace 20 años todo saltó por los aires. Mientras Txapote y los suyos llevaban a una zona escondida el coche con Miguel Ángel Blanco, el Ayuntamiento de Ermua empezó a convocar a sus vecinos para que salieran a la calle. Y lo hicieron muchos. Y, por primera vez, no hubo silencio. Se rompió. Y a las calles salió Ermua, salió el País Vasco y salió España entera. Movilizaciones que no se recordaban des-



CARLOS TOTORIKA | ALCALDE DE ERMUA

«Teníamos que ganar el pulso a ETA»

F. L. ERMUA
Lleva las riendas del Ayuntamiento desde 1991. Es la cara de Ermua, es el rostro de la iniciativa ciudadana contra el terror que contagió a todo el País Vasco.

Pregunta.— ¿Cómo se enteró del secuestro?

Respuesta.— En una marcha protesta. Iba camino de Madrid a pie por una reclamación tras hum-

dirse el techo del polideportivo. Y me avisaron del secuestro de uno de mis concejales. Me llamó un concejal y el delegado del Gobierno, Enrique Villar. Ya daban por bueno el aviso de ETA. Desde el principio pensé que el asunto era feo y que la vida de Miguel Ángel estaba en una situación muy, muy difícil. Di la vuelta.

P.— ¿Y decidió dar el paso y movi-

lizar al pueblo?

R.— Durante muchos años en Euskadi se enterraba a la gente, a los asesinados por ETA, como si fueran perros. Era la norma. No nos acordamos ya de lo difícil que era vivir en Euskadi siendo constitucionalista. Algunos pensamos que debíamos echar un pulso a ETA en la calle y asumir el riesgo de que te colocaran en la diana. Había que hacer frente a esa mafia. En media hora, unos cuantos pensamos que había que hacer la apuesta. Convocamos una manifestación por SMS, utilizamos también la megafonía de la Policía Municipal. En apenas dos horas todo estaba arrancado.

P.— ¿Se trataba de dar la batalla a ETA en la calle, de combatir con manifestaciones su presión?

R.— Sin duda. Lo hicimos por



de las marchas contra el intento de Golpe de Estado del 23-F.

Por primera vez los manifestantes protestaron ante las sedes de Herri Batasuna. Y por primera vez no hubo *contramanifestaciones*; pues eran menos en número. Y por primera vez en el País Vasco la calle dejó de ser *abertzale*.

La foto de Miguel Ángel Blanco, en su puesto de edil.

REPORTAJE
GRÁFICO: CARLOS GARCÍA POZO

Incluso el PNV, que siempre evitaba las fotos, se posicionó junto a los que exigían a ETA la liberación del edil. Los gritos de «ETA no, vascos sí!», repicaban en los disgustados oídos de los dirigentes del PNV de entonces.

Su líder, Xabier Arzalluz, llegó a apuntarle al que fuera líder del PP vasco Carlos Iturgaiz: «Ahora estamos todos juntos montados en la ola, pero cuando ésta baje, cada uno nos iremos por nuestro camino y nosotros ya sabemos lo que tenemos que hacer». Y efectivamente fue así. Cuando se calmaron las protestas de la calle, el PNV volvió a contactar con ETA y a negociar lo que en septiembre del año siguiente se concretó como el Pacto de Estella: uno de cuyos compromisos era echar de las instituciones vascas a los «españolistas», entonces el PP y el PSOE.

Aquel mes de julio arrancó con la liberación en Mondragón, por parte de la Guardia Civil, del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, que permaneció en manos de ETA 532 días con sus noches. Eran días de felicidad policial. Pero los que más canas peinaban en las Fuerzas de Seguridad del Estado ya auguraban que ETA trataría de «vengarse». «La bestia está herida y se revolverá». Lo que no intuían era el grado de crueldad ni la rapidez con que contestó a la acción.

«Sabíamos que, salvo un milagro, Miguel Ángel iba a convertirse en otra víctima mortal de ETA», recuerdan los mandos operativos que participaron en la búsqueda de ese «milagro». «Porque lo intentamos todo». Desde el Ministerio del Interior, incluso, se intentó contratar aviones en Suiza que, en base a la densidad y a los cambios de temperatura en la tierra, podían detectar la presencia de seres humanos enterrados. Pero la iniciativa tropezó con el peor de los enemigos en aquel momento: el tiempo.

El reloj de arena consumió el último de sus granos. Poco después dos cazadores localizaron en un camino rural de Lasarte un cuerpo con las manos atadas a la espalda y con disparos en la cabeza. Era Miguel Ángel. Aún llegó con vida al hospital. Apenas arrancó el día 13, el edil de Ermua se fue. Pero no su recuerdo. Porque su muerte le convirtió en símbolo, a él y a su pueblo.

Ahora las calles de esta pequeña localidad nada tienen que ver con aquellos años, cuando sus paredes estaban repletas de carteles y pintadas en favor de ETA y de sus presos. «Ya, ni una», comenta uno de sus vecinos. Porque ahora sí, los ve-

unos —cierto que no todos— sí se paran para hablar con los periodistas, no les importa que les graben con una cámara cuando les preguntan por sus recuerdos de aquel mes de julio de 1997 y cómo ven la situación 20 años después. «Hombre, ahora las pistolas ya no hablan. Es una enorme diferencia», evoca uno de los entrevistados.

«Aquello marcó al pueblo y dejó sello en toda España», rememora otra vecina que apunta con lucidez cómo vivió el pueblo aquel asesinato a cámara lenta. «Salimos a la calle para protestar. Pero no intuimos entonces el efecto de esa movilización ni de lo que iba a suponer que la ciudadanía tomara las calles del País Vasco. Sí, sin duda aquello cambió todo y pudo significar el principio del fin de ETA».

Veinte años después, Ermua no olvida todo lo que pasó. Son muchos los que se sienten incluso or-

El PNV también notó el golpe del cambio radical en las calles y temió perder poder

Veteranos policías temían una respuesta tras la liberación de Ortega Lara

Arzalluz ya dijo al PP que su unión al 'Espíritu de Ermua' no perduraría

En Ermua ya no hay reparos a recordar en público a Miguel Ángel Blanco

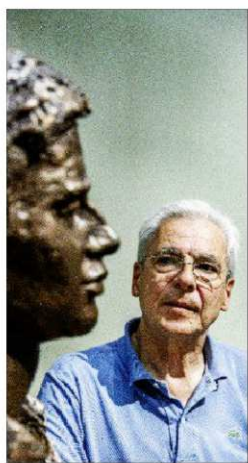
gulosos de que su pueblo dé nombre a lo que se denominó el *Espíritu de la calle contra el terror*, los pilares del final de ETA. Pero algunos sí defienden que no olvidar está bien. «No podemos estar todo el día recordándolo. Hay que mirar hacia adelante. Hay que seguir viviendo. Sin olvidar, sí, pero viviendo, que ETA no nos siga marcando nuestro futuro», apunta otro de los lugareños alejado de polémicas y políticas.

Ahora, los especialistas interpretan con perspectiva y concluyen que el secuestro y asesinato de Blanco «fue uno de los mayores errores estratégicos de ETA, porque perdieron el control de la calle». El silencio que imponía la izquierda *abertzale* se perdió el día en el que el comando de Txapote metió en un maletero a Miguel Ángel.

dignidad. No te escondo que en aquellas fechas retar a los terroristas era temerario e imponía respeto. Para nada pensábamos que se pudiera generar tamaño bola de nieve, que tuviera una dimensión nacional y que cruzara fronteras. Pero teníamos claro que debíamos quedarnos a gusto con nosotros mismos, que era el deber cumplido. Desde el minuto 0 en Ermua nos pusimos con todas las ganas.

R.— Y se encontraron con un pueblo que respondió.

R.— Sin duda. Ya habíamos tomado la delantera colocando bandos municipales condenando los asesinatos de ETA. Por eso había credibilidad en las iniciativas municipales, cuando actuábamos contra Herri Batasuna y contra ETA. La gente se



animó y se involucró. Se notó que la apuesta tenía un respaldo. Desde el minuto uno, medio centenar de medios allí. No podíamos permitir el silencio, teníamos que sortear la lógica del terrorista, que no nos asustaran. Había que movilizarse para hacerles frente. Porque la gente, una vez que arrancó a manifestarse, ya no tenía reparo, miedo o temor a seguir manifestándose.

R.— ¿Se ganó la calle?

R.— Es que las pocas manifestaciones que se hacían contra ETA hasta entonces eran en silencio y había manifestantes proetarras enfrente que tomaban nota de los que nos manifestábamos. Aquel día no, aquel día se tomó la calle al grito de «ETA asesinos». La presión del entorno sigue existiendo, pero es muy menor.